

que sucedería entonces y lo difícil que sería corregirlo con la consecuencia constante e ineludible de dejar el pueblo a oscuras. El encargado de dar fe de aquellos tejemanejes lo era el buenazo de Nicomedes Morollón, uno de los escribientes más acatados del pueblo por su espíritu conciliador y servicial, de la tanda de Pantoja, Pablete, Cañizares, Antolín, etc.

El encargado de la luz, un tal Enrique Arenas, se había comprometido a dar luz por fluido eléctrico al público la noche del día 15 y se estaba a 2, rescindiendo el contrato en caso contrario.

Eran los días inolvidables de la quinta, con la fresca y los alicientes de los santos viejos, tan numerosos y celebrados en reuniones íntimas.

Aquel año hubo 113 quintos, entre ellos Sacramento el Churrero, el hijo de la tía Martina, que vivían en la Plaza de la Fuente, como Sérvulo Carreño, el hermano de la Marina, que quintearon juntos. Fueron quintos con ellos, Emilio López Quirós, el mayor de Ceferino Tapia, el de la lonja, después yerno de Don Enrique el Médico, Antonio Castellanos Alvarez, Pucheritos, Antonio el Moralo, Eduardo Muñoz, el carpintero y Marto Espadero Tapia, que entonces vivía en la calle del Verbo, Eulalio Carrascosa, el padre de Laurentino, Eduardo Sarrión, el del tío Juan el navajero, Estanislao Utrilla, Bonifacio Lucas, Alfredo el retratista, Ignacio Perra que entonces vivía en la calle del Santo, como Manuel Barrilero, Chicharrillas y Gervasio Vaquero, el Repretao más chico, que lo era aunque no tanto como los otros, pues el apodo estaba clavado. ¡Qué ojo tendría el que lo puso a su padre!

Pero la luz siguió haciendo muecas, como siempre, si bien con cesión de plenos derechos inactuantes y el Ayuntamiento podía establecer el alumbrado como le pareciera, con lámparas de 16 bujías o de 10 o de ambas clases, cediéndole el alumbrado que necesitare dentro de las Casas Consistoriales así como en concepto de limosna las tres luces que tenían instaladas en el asilo de ancianos.

Obdulio González, el primo y vecino de Lucidio en la calle de la Luna, se quedó fuera de la lista de los quintos y se le puso después

Una cosa notable había por entonces en la Villa, las aspiraciones de Antonio el Maestrín de ser tenor, que no eran mera ilusión, pues tenía condiciones y trazas, mas que para lo que luego fue. Seguramente caso único en Alcázar, malogrado tal vez por no recibir los apoyos necesarios.

Al otro día del Niño de 1.901, dos de enero y segundo día del siglo, entre los suspiros de la luz, que eran constantes y mortales, se conoció en Alcázar la aprobación del Gobierno para que se cambiara al Paseo la puerta de la Estación. El Ayuntamiento dió un voto de gracias al Ministro y le comunicó su agradecimiento y el deseo de que la disposición no dejara de cumplirse y que le señalara un plazo prudencial para abrir la puerta que está tapada en el Paseo y hacer la entrada en el terreno que el Ayuntamiento le tenía ofrecido desde marzo de 1.899. Ya andaba yo por entre las dos puertas, la del rincón y la del Paseo y presencié el cambio de ambas calles, que fue morrocotudo, como consecuencia del trastueque de puertas.